

***Una mirada crítica sobre la obra de René Zavaleta  
Mercado: La cultura política boliviana  
y el desprecio por la democracia.***  
**Hugo Celso Felipe Mensilla, La Paz:  
Rincón Ediciones, 2023**

Blithz Lozada Pereira, Ph. D.  
Universidad Mayor de San Andrés

Hace pocos meses, Rincón Ediciones ha publicado la segunda edición, corregida y aumentada, del libro de Hugo Celso Felipe Mansilla Ferret, titulado: *Una mirada crítica sobre la obra de René Zavaleta Mercado: La cultura política boliviana y el desprecio por la democracia liberal*. Que un libro boliviano de ciencias sociales se publique en segunda edición es sobresaliente en nuestro medio; que incluya correcciones y ampliaciones muestra el interés del autor de mejorar la calidad académica de la primera publicación; que la editorial organice eventos para difundir la obra, evidencia la relevancia del libro.

Llama la atención que la mayor parte de las más enfáticas y originales expresiones del mencionado intelectual, sean antecedidas con la expresión: “con el riesgo de equivocarme” u otras similares. En el libro que comento, también he hallado tal prevención. La remarco porque me parece que el aserto muestra la modestía no aparente del Dr. Mansilla al momento de presentar una interpretación propia. Tal actitud contrasta, especialmente, con los gestos de algunos seguidores de Zavaleta Mercado que suponen que sus puntos de vista serían la *verdad* definitiva y concluyente de lo que el pensador orureño habría expresado o pretendido explicar. Peor aún, los seguidores contrastarían absolutamente con la actitud clara y profundamente *filosófica* de don Hugo Celso Felipe que presupone que, por muy argumentada, sustentada y respaldada que esté su posición, cabe siempre la posibilidad de que se *equivoque*, de manera que son posibles interpretaciones *verdaderas*, las opuestas y contradictorias a las suyas. Esta actitud flexible ante las propias ideas contrasta con el dogmatismo obcecado de algunos izquierdistas, en cierta medida ostentado también por Zavaleta Mercado, de suponer que ciertas ideas, obras o interpretaciones expresarían la *verdad* concluyente sobre algo.

Entre los más de setenta libros en español y en alemán de H.C.F. Mansilla, incluso pocos textos ficcionales, publicado durante seis décadas ininterrumpidas de su vida dedicada a difundir sus ideas de invaluable calidad académica, de innegable valor estético y de un insobornable espíritu cues-

tionador; he encontrado en el libro sobre Zavaleta Mercado una expresión interesante: me refiero al gesto de ironía de don Felipe expresada de modo literal de la siguiente manera:

Este libro está lleno de largas citas de Zavaleta Mercado y de otros científicos sociales. Con ello me propuse el fin claramente visible, de exhibir mi erudición y mis dilatadas lecturas (p. 263).

Para el Dr. Mansilla, Zavaleta Mercado es un *clásico* boliviano, y como tal, antes que los discursos laudatorios que pretendan visualizar al que los formula como parte de la *tribu* autocomplaciente que se valida a sí misma, sería más honroso, *criticarlo* intelectualmente.

Y habría que hacerlo con el aparato más exhaustivo posible y con las referencias teóricas más pertinentes y precisas. *Criticar* a René Zavaleta Mercado, consumando el arduo trabajo de obtener sus textos, investigar y sistematizar sus ideas, pensar y escribir sobre él, verbalizando el resultado de actividades anteriores; solamente se lograría si se ha leído de manera concienzuda y en conjunto, la obra íntegra del autor; más, siendo un pensador, reputado como *clásico*. Y esto, don Felipe lo hace regularmente de modo magistral porque, además, así lo indica él mismo. En lugar de repetir loores al pensador orureño, tan frecuentes como vacíos en nuestro medio para conseguir relevancia indirecta; si la finalidad es proseguir la construcción colectiva de cierto pensamiento político que tenga valor como ideas *bolivianas* genuinas, es más digno, *questionarlo*. Así lo hace don Felipe, pese a que es consciente –no sin alguna exageración- de que su labor no sería bien recibida. Más, entre otras razones, porque cuestiona los mitos en torno al pensador orureño y desnuda los prejuicios tejidos alrededor de su obra.

En mi opinión, creo que don Felipe Mansilla tiene la certeza de que la constitución del pensamiento como producto de la deliberación racional y de la crítica fundamentada es provechosa para el país, siendo plenamente *humana*. Más, si estuviese exenta de alabanzas que, en definitiva, buscan el asentimiento de ingreso y pertenencia a una *tribu* de quien las expresa, exhibiendo un conocimiento aparente de las ideas que son objeto de su encomio. Intelectualmente, es más honesto e íntegro criticar a Zavaleta Mercado que ensalzarlo, y mejor si se lo hace exhibiendo una erudición como la del Dr. Mansilla.

Como en otros libros de su autoría, al tratar don Felipe, la obra de Zavaleta Mercado, no solo recurre a la totalidad de la obra publicada por el pensador orureño; también acude a autores de importancia, a textos originales publicados en distintos idiomas y hace una lectura crítica de decenas de fuentes citadas con rigor y precisión. De este modo, la fundamentación de sus posiciones e interpretaciones está sólidamente respaldada; brillando

las referencias puntuales con citas exactas de autores y contenidos clásicos que invitan a la reflexión profunda, resumiendo y aplicando las ideas y las concepciones de quienes las sustentan. Con una prosa impecable, un estilo de redacción claro, conciso, preciso y adecuado para referirse a situaciones y objetos de estudio polémicos; los libros del Dr. Mansilla, pletóricos de un estilo claro de gran calidad; evidencian los contenidos actuales, la diversidad de alineaciones teóricas, la contraposición de las interpretaciones y los sesgos ideológicos que son acremente criticados.

El carácter conservador de varios discursos políticos contemporáneos inspirados en intelectuales como Zavaleta Mercado, denotaría una impotencia radical. Enmudecerían, por ejemplo, sin efectuar análisis relevante alguno, acerca de situaciones tan decisivas de nuestro tiempo como, por ejemplo, las causas del colapso del socialismo a escala global a principios de los noventa en el siglo pasado; cómo China, siendo un país supuestamente socialista, sobre-exploitaría a su población para convertirse en la más poderosa economía mundial y sobre cómo se explicaría que la historia transcurra independientemente de esquemas políticos ideológicos fijados que, al parecer, habrían descubierto sus leyes profundas mostrando la revolución socialista como un hecho ineluctable.

Algunas tesis de crítica filosófica y política que el Dr. Mansilla argumenta en su libro sobre la obra de Zavaleta Mercado son las siguientes.

Criticar a Zavaleta Mercado, mostrando sus prejuicios y sus limitaciones, lo *honra* en lugar de demeritarlo. H. C. F. Mansilla señala que el pensador orureño habría sido un *maestro* que construyó pensamiento *clásico* ostensivo de la mejor producción boliviana. Su retórica sería pletórica de ribetes de alta cultura, deslices poéticos y mágicos para expresar sus ideas, y apología de un método basado en la intuición y las coronadas como medios incontrovertibles para fijar nuevos contenidos teóricos. Que Zavaleta Mercado presente, aparentemente, un carácter racionalista, pronto se diluiría con pulsiones próximas a la postmodernidad, con gestos proféticos y moralistas y con la sustanciación –común a varios intelectuales- que recurre a sus propias experiencias personales, por ejemplo, respecto de la Revolución Nacional de 1952, presentándolas como evidencias *definitivas* de valor existencial, inmunes a cualquier relativización o cuestionamiento.

Como indica el título de la obra, el Dr. Mansilla despliega *una* mirada *crítica* sobre la obra de René Zavaleta Mercado, tan válida, como podrían existir y verterse otras miradas sobre lo mismo; aunque, lamentablemente, no existen. Es posible afirmar que, como Zavaleta, H. C. F. Mansilla es un pensador boliviano *clásico*, y él sí lo es, porque no presenta sus ideas como verdades incontrovertibles ni definitivas, sino como asertos pasibles de error y reconvenciones, evidenciando lucidez y honestidad con interpretaciones debatibles.

El subtítulo de la obra comentada corrobora la característica de la cultura política boliviana: su desprecio por la democracia liberal y la prejuiciosa e inmediata valoración del discurso revolucionario, supuestamente “políticamente *correcto*”. Como si esto bastara, tales ilaciones teóricas serían instantáneamente *verdaderas*, suponiendo que quedarían exenta de cualquier cuestionamiento o disenso que podría ponerlas en duda. Son conceptos de una cultura conservadora; contenidos tradicionales de carácter convencional y rutinario que, peligrosamente, constituirían la base para asentar prácticas caudillistas, populistas y autoritarias. Por esto, sería menester que los intelectuales viertan sobre ellas, meditadas *críticas*, teóricas y prácticas, por ejemplo, sobre la instrumentación política e ideológica de dicho pensamiento. Además, paralelamente, sería un imperativo moral que los intelectuales estén por encima de la propaganda, la moda y la *tribu*, desenmascarando las torsiones, repeticiones y los plagios ideológicos, expresivos de formas diversas de ignorancia, cinismo, desvergüenza, zalamería y atrevimiento, que condenan sin remedio a la ausencia de rigor, claridad científica y creatividad.

Que Zavaleta Mercado en sus reflexiones filosóficas sobre la historia teórica de manera incomprensible, solo muestra una supuesta *superioridad* intelectual para sus adláteres y su cofradía de creyentes ingenuos. Así lo concibe don Felipe al referirse a conceptos tan abstrusos como los siguientes (p. 230): “pródromo de la reproducción ampliada”, “certidumbre infusa”, “estrategia metodológica del sacrificio”, “ruptura del tiempo clásico”, “gnosis colectiva como fuerza de la masa”, “substitución del ciclo biológico femenino”, “afirmación potestativa” y otros por el estilo. Sin duda, tal escritura solo puede encandilar a quienes, como el guía intelectual, abominen de la teoría de la dependencia y de la elaboración de conceptos de valor universal, regocijándose en la ambigüedad pragmática que defendió la política del Movimiento Nacionalista Revolucionario colindante, según Mansilla, incluso con el oportunismo.

Tanto el marxismo de Zavaleta Mercado como su inicial predisposición teórica anuente con el nacionalismo revolucionario, darían lugar a que, cómodamente, varios intelectuales apoltronados en la supuesta “*corrección* política” de sus posiciones, esperen que acontezca lo previsto por cierta programática ineluctable; sean incapaces de cualquier auto-crítica; estén imposibilitados de cuestionar los prejuicios colectivos que refuerzan las identidades y sean fieles repetidores de narrativas rutinarias que los hacen dueños absolutos de la *verdad* sobre la historia, la sociedad y la moral. Entre las prácticas inventadas de los intelectuales al estilo *zavaletiano*, les resulta sumamente conveniente y cómodo, hablar en nombre de las masas explotadas, incrementando la *verdad* de sus análisis que referirían, indirectamente, una solidaridad ética, supuestamente ejemplar.

Zavaleta y con mayor énfasis sus adláteres, compartirían los sentimientos colectivos de la población boliviana, particularmente, lo referido al memorial de agravios de la nación profunda. Son los prejuicios que forjarían la identidad y la mentalidad colectiva; expresados por la izquierda sobre la obra de Zavaleta; con juicios de valor sobre la colonización española, tildándola, por ejemplo, pletórica de rasgos negativos: paternalista, dogmática, santurróna, superficial, expoliadora, memorística, autoritaria, retórica y etnocida. Son interpretaciones sesgadas, unilaterales y torcidas de la historia que desconoce y desvaloriza todo legado cultural de la civilización occidental.

Las ideas del Dr. Mansilla son inspiradoras para la crítica a los discursos de izquierda, aplicables también a la obra de Zavaleta Mercado, que los edulcora en su tiempo, con algunos conceptos de Antonio Gramsci. Es la condena del imperialismo, de la civilización industrial expoliadora y del colonialismo del siglo XX, presentándolos como causas de la postración económica y de la pobreza de varios países del mundo, incluida Bolivia.

Tendenciosamente, tales discursos no mencionan que fue gracias al desarrollo tecnológico del capitalismo que se desenvolvió una interminable sucesión de invenciones y productos que constituyen la vida moderna occidental de hoy día. Por ejemplo, en los medios de transporte y comunicación, desde la bicicleta alemana hasta el automóvil, los trenes y los aviones estadounidenses; desde la imprenta temprana, el telégrafo y el teléfono, intensificándose la producción de bienes civilizatorios hasta los satélites y las naves espaciales, las sondas interplanetarias y la tecnología de comunicación instantánea global.

Por muy conveniente que resulte el razonamiento contra-fáctico que enuncia que el resto del mundo *hubiese* llegado a los mismos resultados tecnológicos si no habría sido víctima de la expoliación de los países capitalistas avanzados. Lo cierto es que la conquista sin precedentes en los siglos XX y XXI, del aire, la tierra y el agua; de la geografía superficial y subterránea, del territorio con masas de agua estática y fluyente; además del inicio de la ocupación del espacio exterior y del dominio del ciberspacio; haciendo más efectiva la sobre-expplotación de los recursos naturales y llegando a extremos inéditos en la afectación del medioambiente; como parte histórica de la sociedad industrializada, irrefrenablemente intensificada, permanece y se proyecta como contenido sustantivo del capitalismo.

Son sugestivas las referencias del Dr. Mansilla al psicoanálisis filosófico, al enfoque hermenéutico y cómo el lenguaje persuadiría, desconcertaría y engañaría. Esto es aplicado a Zavaleta Mercado, descubriendo las motivaciones ocultas que se develan al analizar críticamente posiciones diversas. Zavaleta no fue un innovador, trató temas hoy intrascendentes y aburridos como el sujeto revolucionario, el partido de vanguardia, la autodeterminación de las masas y el poder dual. Él y sus seguidores no tendrían la posibilidad de

superar la *paradoja señorial* consistente en la asfixia intelectual que impidió cuestionar a los gobiernos izquierdistas (incluido el Movimiento Al Socialismo) plagiando lo más detestado de las prácticas oligárquicas cebadas a sí mismas. Es la paradoja que termina siendo complaciente con la cultura política del autoritarismo, el centralismo, la práctica generalizada de la prebenda y la impunidad; defendiendo un burocratismo visto como inevitable por la población ingenua a la que los intelectuales lavan el cerebro.

En el corolario del libro significativamente valioso sobre las expectativas modernas, el Dr. Mansilla dice que en la civilización actual, pese a las limitaciones y problemas de la democracia, tal forma de gobierno sería la única que fomentaría la crítica y la autocrítica; protegería, promovería, valoraría y sustentaría que los intelectuales, sin reparos, sin adscripciones *tribales* ni modas instantáneas, sin eufemismos ni intenciones políticas pedestres, sin ansias de poder o de dinero; *critiquen* a la sociedad, sus mitos, convencionismos y escritores. Si alguna expectativa teórica, cultural y política señalaría los desafíos cruciales de la modernidad, sería la valoración de lo propio sin particularismos dogmáticos, fundido en el crisol de la civilización occidental, en pos del bien común y la felicidad. En el “Epílogo” de su libro, escribe:

Tampoco Zavaleta y sus discípulos les han prestado importancia [...] no llaman la atención de los intelectuales [...] el desconocimiento del mundo exterior y el desinterés por los modelos civilizatorios foráneos, la corrupción a gran escala en la administración pública, el estado calamitoso del aparato judicial, la existencia de innumerables trámites burocráticos, todos engorrosos y mal diseñados, los *estándares* higiénicos muy bajos, la religiosidad popular extrovertida, pero sin convicciones éticas, los debates intelectuales y académicos muy intensos, pero centrados en trivialidades y la producción laboral muy baja [...] carencia de una conciencia crítica de peso social, el nivel educativo e intelectual muy modesto de la población y la existencia de un sistema universitario consagrado a un saber memorístico y convencional.

Pese a tal desatención, Mansilla destaca que René Zavaleta Mercado no habría recaído en la hipérbole ideológica de las identidades étnicas, sólidas y definitivas, que no existen; ni en visiones, por ejemplo, edulcoradas y embelliscidas del imperio incaico. Al respecto, explicita los procesos de constitución y variación de las identidades que se rehacen en un curso universal de aculturación y mestizaje. El reconocimiento mínimo de la historia y la congruencia de la teoría con la práctica deberían desplegarse intelectualmente con el imperativo de la crítica y la autocrítica, descubriendose la instrumentación del inventario de agravios y del dolor colectivo. Similar actitud correspondería, respecto de los discursos “políticamente *correctos*” que, en su mayoría, encubrirían fines prosaicos y la justificación de efectos dominantes

del poder, despreciando la *verdad* y el espíritu científico, pasando por alto los derechos humanos y aplastando el pensamiento propio, libre e individual.

Don Felipe destaca por ser, de lejos en nuestro medio, el maestro de la *crítica* a la cultura política autoritaria, patente en los partidos políticos, en las organizaciones sindicales y campesinas y, especialmente, en los intelectuales; él también, con su crítica, nos libera de los lábiles desplazamientos hacia sistemas inveterados, carentes de libertad y justificados en una pluralidad ficticia que solo soporta a quienes se asumen en la misma dirección de ideas y prácticas impotentes de auto-criticarse. En consideración de tal valor, recomiendo la lectura de su libro sobre René Zavaleta Mercado.